

robana, y que habria estado mejor empleado en cuidar del reino, y atender al buen gobierno de sus subditos. Agregábase á esto la mucha inclinacion que tenia á las mugeres. Sus antepasados habian tenido muchas, pareciéndoles que su grandeza y autoridad se realzaban á proporcion del número de personas que se destinaban á sus placeres; y Ahuizotl, que extendió tanto los dominios y aumentó el poder de la corona, quiso ostentar tambien su superioridad en el excesivo número de mugeres que tuvo.

---

#### CAPITULO IX.

*Eleccion de Moteuhzuma II. Condueta que observó al principio de su reinado, y ceremonial que introdujo. Magnificencia de sus palacios y casas de recreo.*

En el mismo año de 1502 en que murió Ahuizotl, despues de haberse celebrado sus exequias con magnificencia extraordinaria, se procedió á la eleccion del nuevo soberano. No existia ya ninguno de los hermanos de los reyes anteriores, y por tanto segun la costumbre debia suceder al difunto alguno de sus sobrinos. Eran estos muchos, pues de los hijos de Axayacatl, que como hemos visto era hermano de Ahuizotl, vivian Moteuhzuma (1), Cuitlahuac, Matlatzincatl, Pina-

(1) Algunos han querido suponer que Moteuhzuma era hijo del otro Moteuhzuma por sobrenombre Ilhuicamina; pero la mayor parte de los historiadores conviene en que era hijo de Axayacatl. Véanse á Torquemada, Bernal Diaz del Castillo, Clavigero &c.

huitzin, Tepehuatzin, y otros cuyos nombres no sabemos.

Entre estos fué electo Moteuhzuma, á quien para distinguirlo del otro rey que se llamó del mismo modo le dieron el sobrenombre de Xocoyotzin, esto es, Moteuhzuma el jóven (1). Suponen algunos eseritores que Nezahualpilli rey de Tezcoco concurrió á la eleccion, y que fué el que propuso á Moteuhzuma á los demas electores; pero Torquemada y Clavigero asientan que no vino á Méjico sino hasta despues de celebrada, con objeto de felicitar al nuevo rey.

Moteuhzuma, ademas del valor con que se habia distinguido en muchas campañas ejerciendo el cargo de general, era sacerdote tambien, y estaba muy respetado por su gravedad, circunspeccion y religiosidad. Era taciturno, muy medido en sus acciones y palabras, y siempre que hablaba en el consejo real de que era miembro era escuchado con respeto.

Luego que se dió parte de su nombramiento á los reyes aliados pasaron estos á la capital á felicitarlo, y sabedor de esto Moteuhzuma, se retiró al templo, como para dar á entender que se creia indigno de tanto honor. Se dirigió allí la nobleza para darle noticia de su eleccion, y segun algunos historiadores lo hallaron barriendo el templo, donde, dice Torquemada, estaba de ordinario recogido en una grande sala que habia destinado para sí, y que se creia que en aquel lugar tenian los dioses con él frecuentes comunicaciones.

(1) La palabra *xocoyotzin* castellanizada se usa hasta el dia para designar al hijo menor de una familia, al cual llamamos *socoyote*.



Fué conducido con grande acompañamiento al palacio, donde los electores le intimaron solemnemente la elección hecha en su persona para que ocupase el trono de Méjico. De allí regresó al templo para hacer las acostumbradas ceremonias, y despues de haber incensado á Huitzilopuchtlí, y sacádose sangre de las orejas, mólledos y espinillas, como estaba en uso, se sentó en el trono, recibió los homenages de la nobleza, y escuchó las arengas gratulatorias que le dirigieron los principales magnates. La primera fué la de Nezahualpillí, rey de Tezcoco, la cual, conservada por los mejicanos y referida por la mayor parte de los historiadores, merece por su elocuencia transcribirse aquí á la letra. Dice así:

„La gran ventura que ha logrado, señor, la monarquía mejicana en teneros por cabeza, se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta elección, y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Y en verdad que no pueden ser estos mas justos; porque el reino de Méjico ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos todos. Claramente veo el grande amor con que favorece á esta nacion el Dios omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle. Porque ¿quien será capaz de poner en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo (1), elevado ya á la alta dignidad de rey

(1) Torquemada escribe: „que habia investigado los nueve dobles del cielo.”

„conocerá las cosas de la tierra para procurar la felicidad de sus súbditos? Quien tantas veces ha desplegado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora que tanto necesita de esa eminente cualidad? ¿Quien puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría no se halle tambien el socorro de la viuda y del huérfano? El imperio mejicano ha llegado sin duda á la cima de la autoridad, pues es tanta la que os ha comunicado el criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran. Regocíjate, pues, venturosa nacion, por haberte tocado en suerte un príncipe que será tu apoyo, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes en efecto un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molición, y estarse en el lecho abandonado á los pasatiempos y á los deleites; sino que ántes bien enmedio de su reposo le inquietará el corazon, y le despertará el cuidado que tendrá de tí, y que ni hallará sabor en el manjar mas delicado por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que el criador del cielo os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á la eminente dignidad á que os ha exaltado. Quien ha sido hasta ahora con vos tan liberal, no, no os negará sus preciosos dones, habiendos él mismo subido al trono, en que os anuncio muchos y muy felices años.”

Escuchó Moteuhzuma esta arenga con la mayor atención, y se enterneció de tal suerte, que queriendo tres veces responder se lo impidieron las lágrimas que le hizo derramar, bien la patética pintura que hizo el orador de los estrechos deberes de un rey, bien, co-



mo dice Clavigero, la dulce satisfaccion que le causaron sus elogios, y que tenía toda la apariencia de humildad; pero al fin, habiendo podido reprimir el llanto, contestó brevemente: „Harto ciego estuviera yo, „ hermano mio, si no conociera que los elogios que me „ habeis tributado han sido mas bien efecto de vuestro „ favor, que dignos de mi merecimiento; pues habien- „ do tantos nobles capaces de corresponder al alto ho- „ nor que me han hecho elevándome á esta dignidad, „ echaron mano del ménos á propósito. Ciertamente „ me hallo con tanta insuficiencia para manejar los ar- „ duos negocios del estado, que solo podré llevar tan „ grande carga con el auxilio del señor de todo lo cria- „ do, á quien para que me favorezca pido á todos le di- „ rijan sus humildes ruegos.”

Concluidas las demas arengas con que lo felicitaron, permaneció en el templo para hacer el ayuno de cuatro dias establecido, y regresó á su palacio con el mismo acompañamiento que lo habia traído. Dice Torquemada que iba con tanta gravedad, que todos los que lo veian decian que le cuadraba muy bien el nombre de Moteuhzuma, como otra vez que hemos dicho quiere decir *señor severo*.

Ya se deja entender que lo primero de que cuidó pasados estos cumplimientos fué de hacer la expedicion de costumbre, para proporcionarse víctimas que sacrificar en su coronacion. Tocó esta vez tamaña calamidad á los atlixqueños, que se habian sustraído á la obediencia de Méjico. Salió, pues, contra ellos, llevando la flor de la nobleza, en la cual iban incorporados sus hermanos y sus primos. Moteuhzuma se mostró en esta guerra con el valor que siempre lo habia distinguido,

y aunque los mejicanos perdieron en ella algunos capitanes de cuenta, como fueron Huitzilihuitzin, Xalmich y Cuatacihuatl, volvieron á sujetar á los insurgentes al antiguo yugo, y regresaron victoriosos á la capital, conduciendo á los infelices prisioneros que debian ser inmolados.

La fiesta de la inanguracion fué magnífica, pues se celebró con tal aparato de juegos, bailes, representaciones dramáticas é iluminaciones, y con tal abundancia de tributos mandados por las provincias, que acudieron á presenciarla muchos forasteros jamas vistos en Méjico, y aun sus mismos enemigos, como fueron los tlaxcaltecas y michoacanos, se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolo sabido Moteuhzuma, dispuso que se les alojase y obsequiase magníficamente, y que se les levantasen unos tablados desde donde pudiesen ver mas cómodamente todas las fiestas. Estos obsequios hacen probable lo que dicen algunos escritores, á saber, que los disfrazados eran los magnates de primer orden en sus estados; y aun hay quien diga que entre los michoacanos vino el mismo rey llamado Catzonzi. Tambien dicen algunos que estos personajes fueron convidados por el mismo Moteuhzuma, aunque en secreto, y que únicamente los ministros de su confianza sabian el alto rango á que pertenecian.

Los primeros actos del reinado de Moteuhzuma daban grandes esperanzas de que su gobierno fuese justo y paternal, pues á poco tiempo de su coronacion recompensó con el estado de Tlachauco, por los grandes servicios que habia hecho á sus antecesores en varias guerras, á un famoso capitan llamado Tluxochlan; mas



no correspondieron á esta accion generosa las demas que le siguieron. A proporcion de que fué usando de su autoridad se hizo manifesto el orgullo que hasta entonces habia tenido encubierto bajo las apariencias de humildad. Todos sus antecesores habian acostumbrado conferir los empleos á los hombres de mas mérito, y á los que creian mas capaces de ejercerlos, premian-do con ellos indiferentemente á los nobles y á los plebeyos, sin embargo de la convencion solemne celebrada entre la nobleza y la plebe en tiempo del rey Itzcohuatl. Pero Moteuhzuma, luego que tomó las riendas del gobierno, se mostró de opinion diferente, y desaprobó la conducta de sus antepasados, bajo el pretexto de que los plebeyos obraban segun su clase, y que en todas sus acciones manifestaban la bajeza de su nacimiento, y lo inculco de su educacion.

Imbuído en estas máximas despojó á los plebeyos de todos los puestos que tenian en su palacio y en la corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. En vano le representó un prudente anciano que habia sido su ayo que esta resolucion podria enagenar los ánimos entre el pueblo; nada bastó para disuadirlo, y su determinacion fué llevada al cabo.

En consecuencia toda la servidumbre de su palacio se componia de personas principales; y ademas de aquellas que siempre vivian en él, entraban diariamente por la mañana seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Mantenianse estos todo el dia, hablando en voz baja y esperando las órdenes del soberano en las antecámaras, donde no podian entrar los de la servidumbre. Eran tantos los criados que acompañaban á estos señores, que llenaban los tres patios

del palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de mugeres que vivian en él entre señoras, criadas y esclavas, todas las cuales estaban encerradas en una especie de serrallo, bajo el cuidado de algunas nobles matronas que velaban sobre su conducta; pues los reyes de Méjico eran muy celosos, y cualquier desórden que notaban en palacio, por ligero que fuese, lo castigaban con severidad. De estas mugeres elegia el rey para sí las que mas le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus vasallos. Algunos historiadores dicen que Moteuhzuma fué tan dado á las mugeres, que llegó á tener á un mismo tiempo ciento y cincuenta embarazadas, lo cual no parece creible á Clavigero.

Dispuso tambien este monarca que todos los príncipes ó señores feudatarios de la corona residiesen algunos meses del año en la corte, y que al volver á sus estados dejasen en ella á sus hijos ó hermanos, en clase de rehenes, para asegurarse de su fidelidad, por lo cual les era preciso tener casa en Méjico.

Otro rasgo del despotismo de Moteuhzuma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Ninguno podia entrar en palacio, ya fuese para servirlo, ya para tratar con él sobre algun negocio, sin descalzarse antes á la puerta. A nadie era permitido comparecer en su presencia con vestidos de lujo, porque consideraba que en esto se faltaba al respeto debido á su dignidad: así es que los mas grandes señores, a excepcion de sus parientes sedespojaban de sus galas ó cuando ménos las cubrian con un ropage ordinario en muestra de su humildad.

Al entrar en la sala de audiencia, y ántes de ha-



blar al rey, hacian todos tres reverencias, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *mi señor*, y en la tercera *gran señor*, á cuyas expresiones equivalen las palabras mejicanas *tlatoni*, *notlatocatzin* y *hueitlatoni* de que usaban en estos casos. Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, y recibian las respuestas que daba el rey por medio de sus secretarios con tanta atencion y humildad, como si fuesen de un oráculo. Nadie podia al despedirse voltear las espaldas al trono.

En la misma sala en que Moteuhzuma daba audiencia se le servia la comida. La mesa era un gran almohadon, y la silla un banco bajo. Los manteles eran de tela de algodón, tan fina como blanca y limpia, y la vagilla de barro fino de Cholollan. Ninguno de estos utensilios le servia mas de una vez, pues inmediatamente los daba á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y demas bebidas de cacao eran de oro, ó de bellas conchas del mar, ó jícaras curiosamente barnizadas. Tenia tambien platos de oro, pero los usaba únicamente en el templo, en ciertas solemnidades de primer orden. Las viandas eran tan abundantes y varias, que los españoles quedaron admirados al yerlas. Cortes dice que llenaban el pavimento de una gran sala, y que se servian á Moteuhzuma platos con toda especie de aves, peces, frutas y legumbres; y Torquemada afirma que la comida que desechaba era bastante para mantener á tres mil hombres, que eran los que ordinariamente le hacian guardia. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en filas bien ordenadas: se la presentaban antes de que se sentase á la mesa y se retiraban inmediatamente; y á fin de que no se enfriase, ca-

da plato tenia un brasero debajo. El rey señalaba con una vara los platos de que queria comer, y los demas se distribuian entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes y despues de comer le ofrecian agua para lavarse las manos cuatro de sus mugeres, las mas hermosas del serrallo, las cuales permanecian en pié todo el tiempo de la comida, juntamente con seis de sus principales ministros y el mayordomo. Comia, dice Torquemada, aunque pocas veces, carne humana, pero esta habia de ser de la sacrificada, y si no estaba muy condimentada, no tomaba de ella.

Luego que se sentaba á la mesa cerraba el mayordomo la puerta de la sala, para que ninguno de los otros nobles lo viese comer (1). Los ministros se mantenian á cierta distancia, y guardando un profundo silencio, ménos cuando tenian necesidad de responder á lo que el rey les preguntaba. Le servian los platos el mayordomo y las cuatro mugeres, á mas de las cuales habia otras dos que le ministraban el pan, cuya masa era de maiz amasado con huevos, no conociéndose en Méjico el trigo sino despues que vinieron los españoles. A los ministros que le acompañaban solia dar algunos de los platos que mejor le sabian, en señal de aprecio, y ellos los comian allí mismo, pero sin faltar al silencio que debian guardar. El privilegio de interrumpirlo estaba reservado únicamente en ciertas ocasiones á algunos truanes ó bufones, que á la manera de los príncipes europeos de la edad media mantenian Moteuhzuma por

(1) Torquemada dice que el mayordomo „cerraba una varanda que dividia la sala, para que los nobles que acudian á verle comer no embarazasen la mesa.”



ostentacion. Habia entre ellos algunos enanos, corcobados, y otros notables por su deformidad, lo mismo que entre los que tenian dichos príncipes. Moteuhzuma decia que no solo se divertia con ellos, sino que entre las bur-las le solian decir algunas verdades, y darle consejos de importancia. Era muy frecuente que la comida fuese acompañada de música, de la cual gustaba mucho el rey, como tambien del tabaco, que concluida la mesa fumaba, mezclado con ambar, en una pipa ó caña hermosamente barnizada, y de esta manera conciliaba el sueño.

Despues de un rato de siesta, sentado en la misma silla daba audiencia á sus vasallos, escuchando atentamente cuanto le decian, animando á los que por su turbacion no acertaban á hablar, y respondiendo á todos por medio de sus secretarios.

Acabada la audiencia seguia un rato de música, y se deleitaba mucho en que le cantasen las acciones gloriosas de sus antepasados. Otras veces se divertia con varios juegos, entre los cuales gustaba mucho de los de pies y manos, pero principalmente del llamado por los españoles *las fuerzas de Hércules*, que describe Clavigero de esta suerte: „Poníase un hombre á bailar; otro, „en pie sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos „movimientos, y otro tercero, sobre la cabeza del segundo, bailaba tambien y daba muestras de su agilidad. Alzaban tambien una biga (1) sobre los hombros „de los bailarines, y otro se ponía en pie y bailaba so-

(1) Esta biga se dividía en dos por la parte de abajo para que descansase en los dos bailarines, como se ve en las estampas de Clavigero.

„bre su extremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los mejicanos se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon, por „confesion de ellos mismos, que intervenia en ellos el „demonio, sin hacer cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado de la constancia y la aplicacion.

Cuando Moteuhzuma salia de su palacio lo llevaban en hombros los nobles en una litera descubierta, bajo un rico docel, y lo acompañaba un numeroso séquito de cortesanos. Todos se detenian y cerraban los ojos por donde pasaba, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la magestad. Cuando descendia de la litera para andar estendian tapetes, para que sus pies no tocasen la tierra.

Correspondia á tanta magestad la grandeza y magnificencia de sus palacios, casas de recreo, jardines y bosques. El palacio en que residia comunmente era un vasto edificio de cal y canto, que tenia veinte puertas que daban á la plaza y calles, y tres grandes patios, en uno de los cuales habia una hermosa fuente, muchos salones, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de estas tenian las paredes cubiertas de mármol y otras piedras raras. Los techos eran de cedro, de cipres y otras buenas maderas, bien trabajadas y entalladas. Habia una sala tan grande, que segun el conquistador anónimo, testigo de vista y exacto en sus narraciones, cabian en ella tres mil hombres. El mismo añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo. Además del serrallo para sus mugeres, habia en él habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los em-



pleados de su servidumbre y de la corte, y aun para alojar á los extrangeros de calidad, particularmente á los dos reyes aliados. Ademas de este palacio tenia otros dentro y fuera de la ciudad.

Tenia en Méjico dos casas destinadas para conservar muchas especies de animales. Una para las aves que no eran de rapiña, y otra para las que lo eran y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera habia muchas cámaras y corredores, que descansaban en columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban vista á un jardin, donde entre la frondosidad de una arboleda habia diez estanques, unos de agua dulce para las aves acuáticas de rio, y otros de agua salada para las de mar. En lo restante de la casa estaban las demas aves, y eran estas tantas y tan diversas, que los españoles cuando las vieron creyeron que no faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se ministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ya fuese de granos, de frutas ó de insectos. Solo para las que vivian de peces se consumian diez canastas de ellos diariamente, como dice Cortes en sus cartas á Carlos V; y segun él mismo, se empleaban trescientos hombres en cuidar de estas aves, sin contar con los médicos que observaban sus enfermedades, y les aplicaban los remedios oportunos. De esta gente una se empleaba en buscar lo que debia servirles de alimento, otra en cuidar de los huevos, y otra en desplumarlas en la estacion conveniente; pues á mas del placer que tenia el rey en ver allí reunidas tantas especies de pájaros, las plumas servian para los famosos mosaicos que con ellas hacian, y en otros diversos trabajos y adornos. Las salas y cuartos de estas casas

eran tan grandes, que como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. La casa de las aves ocupaba el mismo lugar en que hoy se halla el convento de San Francisco.

La otra casa destinada á las fieras tenia un grande y hermoso patio, y estaba dividida en varios departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de rapiña, desde el águila hasta el gavilan, y de cada especie habia muchos individuos. Estaban divididas segun sus clases en estancias subterranas de mas de siete pies de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta con petates, y tenia varias estacas clavadas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas para que pudiesen gozar del sol. Para mantenerlas se mataban diariamente quinientos guajolotes.

Habia en la misma casa muchas salas bajas con un gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, tigres, lobos, coyotes, gatos monteses y otras especies de fieras, las cuales se mantenian de ciervos, conejos, liebres, techichis y otros animales, y asimismo de los intestinos de los hombres que se sacrificaban en los templos. El techichi, que tambien se llamaba alco, era un cuadrúpedo que por tener la figura de perro fué llamado así por los españoles. Era de un aspecto triste y enteramente mudo, de donde tomó origen la fábula de que los perros dejaban de ladrar cuando eran transportados á América. Los mejicanos y tambien los españoles comian su carne, y segun estos era gustosa y nutritiva. No ha-



biendo aquí rebaños recién hecha la conquista, se hacían las provisiones de los buques con carne de techichi, y así es que se extinguió enteramente la raza, sin embargo de que era muy numerosa.

No solo mantenía Moteuhzuma todas las especies de animales que reúnen los príncipes por ostentación, sino también aquellas que por su naturaleza parecen estar exentas de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Muchas especies de estas se conservaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Había también muchos estanques para los peces, de los cuales subsisten dos todavía en Chapultepec.

No contento con tener en sus palacios todos los animales de que se ha hablado, había reunido allí también á todos los hombres que, ya por el calor de la piel, ya por el del cabello, ó por cualquiera otra deformidad eran singulares en su especie. Vanidad, dice Clavigero, ciertamente provechosa, pues de esta manera aseguraba la subsistencia á todos aquellos miserables, y los ponía á cubierto de los crueles insultos de los demás hombres.

En todos sus palacios había hermosos jardines con las más exquisitas flores, yerbas aromáticas y plantas medicinales. Tenía también bosques cercados y provistos de caza abundante, donde solía divertirse. Uno de ellos estaba situado en una isleta de la laguna, conocida hoy con el nombre del Peñón.

Así los palacios como los demás sitios de recreo se mantenían sumamente aseados, incluso aun aquellos á donde nunca iba el rey, pues no había cosa de que hiciese más vanidad que del aseo de su persona y de-

mas cosas que le pertenecían. Mudaba todos los días cuatro vestidos, y no volvía á usar los que se quitaba, sino que se destinaban para los nobles y soldados que se distinguían en la guerra. Se bañaba todos los días, y por esto había tantos baños en sus palacios. Empleaba diariamente más de mil hombres en barrer y regar las calles de la ciudad.

En una de las casas reales había una grande armería, donde se hallaba toda especie de armas ofensivas y defensivas, insignias y adornos militares, en cuya construcción empleaba un número increíble de artesanos, así como para otros trabajos tenía muchos plateros, trabajadores en mosaico, escultores y pintores. Había una comarca entera habitada por bailarines destinados á su diversión.

De todos estos palacios, jardines y bosques no ha quedado otra cosa que el bosque de Chapultepec, que conservaron los virreyes para su recreo. Todo lo demás fué destruido por los conquistadores, quienes arruinaron los edificios más suntuosos de la antigüedad mejicana, ya por un celo indiscreto de religión, ya por venganza, y ya para aprovecharse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, talaron los bosques y redujeron al país de Anáhuac á tal estado, que no podría creerse hoy la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que lo conquistaron.